

# SINCERIDAD HUMANO-LIRICA DE DARIO

Por Pedro P. Barnola, S. J.  
Caracas.

A los cincuenta años de la muerte, y cien del nacimiento de Rubén Darío, el repertorio bibliográfico referente a su vida y su obra, alcanza proporciones extraordinarias. Si todo lo publicado pudiera verse reunido, no sería ya exacto llamarlo simplemente bibliografía, sino más bien biblioteca dariana; la cual, además, se mantiene en continuo crecimiento.

Es cierto que Rubén Darío gozó en vida y ha seguido gozando medio siglo después de muerto, del aura refrescante y perfumosa de una gloria que supo bien merecer; gloria que sin dispensa de nadie puede y debe seguir otorgándosele con activa munificencia.

Pero es un hecho igualmente cierto que, también en vida así como en todo lo que va desde su muerte, han soplado en torno a su persona, hechos y escritos, toda clase de temporales, desde las arremetidas manifiestas, hasta esos airecillos que con apariencia de benignos, y tal vez hasta de bien intencionados, menguado favor han hecho a la gloria del poeta, y aun a la verdad de su vida.

Pero no obstante todas esas cosas, he aquí que llegada la fecha de esta conmemoración centenaria de su nacimiento, nos encontramos con el poeta tan entero y tan en su puesto señero de las letras castellanas, como si ninguna de aquellas turbulencias hubiese jamás atentado en contra suya.

Que bien parece ahora, y qué profético, la estrofa final del bello canto —tan autobiográfico— con que se abre el libro *Cantos de Vida y Esperanza*:

"La virtud está en ser tranquilo y fuerte;  
con el fuego interior todo se abrasa;  
se triunfa del rencor y de la muerte,  
y hacia Belén... ¡la caravana pasa!"

Si damos una mirada retrospectiva, fácilmente tropezamos con tantos prenuncios categóricos que un día se hicieron, o con afirmaciones de actualidad que nada duró, hechas por quienes sólo alcanzaron a ver en Darío y su obra un simple caso accidental sin consistencia, o cuando más, un episodio intrascendente en las letras castellanas. Como quien dice: ¡una engañosa luz de bengala! que pronto se olvidaría.

Cierto que no todos entonces pensaron así. Nada menos que la garra de crítico tan procero como Menéndez Pelayo sí fue categórica desde el primer momento, al señalar que algo muy notable estaba ocurriendo en las letras castellanas, con la presencia en ellas de aquel nicaragüense a quien llamó "poeta de verdad"; y de cuya copiosa producción, innovaciones métricas e influjo en la juventud intelectual de todos los países de la lengua castellana, dijo que "mucho tendría que escribir el futuro historiador de nuestra lírica". Aunque bien conocido de todos este áureo y exacto testimonio, jamás resultará superflua su recordación. En cambio omitimos el texto de aquel voto cuasi-profético, pronto cumplido, que en 1888 escribió crítico tan sagaz y fino como Juan Valera

\* \* \* \*

Darío había nacido para lo que fue. No lo podía remediar. "Desde que soy, desde que existo, mi pobre alma armonías vierte", confesaría llanamente en su último poemita, a pocas horas casi de su muerte. ¿Qué hizo, el pobre, que no debiera haber hecho? Ser poeta, cantar sus versos, no era sino usar el don que a su naturaleza había Dios otorgado. Y puesto a cantar, quiso —y lo logró— hacerlo a su manera propia y original. No embargante el cerco de circunstancias tan encontradas de su vida, desde la cuna misma, aquella luz no quedó bajo el celemín de la indolencia. ¡Cómo estudió, y cómo adquirió aquella vasta cultura! Lo que leyó y retuvo en su mente, pasma. Qué conocimiento tan amplio a la vez que bien nutrido alcanzó del lenguaje castellano, de su léxico, de sus formas de expresión en la prosa y sobre todo en el verso. De todo esto no es necesario más testimonio que el que salta a la vista en la mera lectura de su obra.

Bien sabemos que el poeta, por su vida y por su obra, puede dar pie, fácilmente, para la polémica. Si el solo tema de la escuela modernista, en los propios días de su florecimiento, y todavía muchos años después, ha podido despertar los más enfrentados pareceres y juicios, es cla-

ro que el nombre de Darío, primacial entre los de esa escuela, será siempre punto sustancial y casi obligado en toda discusión sobre el modernismo. Como no sería fácil hablar del descubrimiento de América sin que entrara en danza el nombre de Colón.

Pero a lo largo de lo mucho escrito acerca de nuestro autor, nos parece advertir que ha faltado un poco el acercamiento a su persona y a sus obras, en actitud y con sentido de comprensión simpatética; algo así como el gesto humano y humanista que busque y valore, no sólo el arte y la literatura, sino el tesoro de humanidad que hay en esa vida y en esa obra.

Son ciertas y bien conocidas —tal vez demasiado comentadas— las sombras o fallas humanas que Darío padeció. ¿Quién no las tiene? El más cristalino arroyo forma, acá o allá, su recodo menos transparente.

Pero si algo debe llamarnos poderosamente la atención, es la riquísima personalidad de nuestro poeta. Su talento hoy se clasificaría, holgadamente, a nivel cierto de superdotado. Fue niño prodigo. Y no obstante las circunstancias poco favorables en sus años de infancia y primera adolescencia, su prodigiosidad —contrariamente a lo que a menudo ocurre— no se frustró.

No menos rica fue su memoria; y a ella y a su ejercitación asidua, debió desde joven el poder allegar y asimilar un enviable caudal de conocimientos culturales.

Se ha solidado tanto relieve a los períodos de dejadez y bohemia de sus años maduros, que casi se tendría la impresión de que fue un hombre de voluntad poco menos que nula; si bien se comprende que en esos lapsos de vida irregular, la voluntad sufriera un natural relajamiento. Pero aun eso supuesto, es imposible desconocer que sólo un hombre de muy ejercitada y tenaz voluntad, pudo haber realizado, y en muchas y laboriosas horas, la obra literaria que Darío nos ha dejado. Su estudio del arte literario; la riqueza de su lenguaje, tan castizo y expresivo; la originalidad de sus producciones; lo ajustado del plan; lo personal de su estilo, jamás podría ser, todo ello, producto —solamente— de aquello del dicho de que “el poeta nace”. Ningún gran poeta lo es, por muy nacido que fuere, si sobre las dotes naturales de sensibilidad y fantasía, no pone la labor severa, regular y perseverante de hacerse poeta; de no contentarse con sólo tener facilidad, sino antes buscar en cada nueva producción, una nueva superación, y lograr calidad perdurable.

Pero de la realidad de estas sobresalientes dotes naturales, y del cultivo y buen uso que de ellas supo hacer —aun supuestas las fallas o lunares que puedan señalarse— dan holgado testimonio —volvemos a decirlo— sus escritos; que por algo no cesan de interesar, desde los días mismos de su autor, a críticos y comentaristas de la más alta estirpe intelectual.

Empero no ha existido poeta, por excelso que se le considere, al que no puedan señalársele las naturales limitaciones inherentes a toda humana condición. Y Darío no podía ser excepción. Y nada debe extrañar que las limitaciones de su humana fragilidad, aparezcan a veces de más bulto, a causa de los tropiezos de su trajinada existencia. Pero como de todo crece en la viña del Señor, no pueden faltar escritores que ponen decidida voluntad en señalar bien cuanta posible sombra descubran —o crean descubrir— en el poeta y su obra, en un como empeño por regatearle las palmas que se le han solidó tributar, que juzgan inmerecidas. Y tal vez —ironías de la vida— no han logrado sino lo contrario. Pareció haberlo así previsto el propio Darío, cuando en aquellas “Dilucidaciones” que servirían luego para prólogo de *El Canto Errante*, comentaba muy apaciblemente: “Tanto en Europa como en América se me ha atacado con singular y hermoso encarnizamiento. Con el montón de piedras que me han arrojado pudiera bien construirse un rompeolas que retardase en lo posible la inevitable Creciente del olvido”.

Repetidas lecturas de su obra, a una con hechos muy significativos de su vida, nos han llevado gradualmente y sin esfuerzo, a una actitud que discretamente llamaríamos, de comprensión en su sentido más humano e íntimo. En otras palabras: captación que, sin dejar de ser objetiva, ha sido también simpatética en la manera de ver al hombre y al poeta tal como debía ser en lo natural e íntimo de su personalidad. Esta actitud, como de búsqueda y observación, nos ha llevado a apreciar aquel aspecto fundamental —al que acabamos de aludir— en la personalidad de Darío. Ese aspecto es el de su sinceridad. No descubrimos nada nuevo, puesto que los datos están al alcance de todos. Pero el tema nos atrae; y lo creemos noble y oportuno.

Los muchos y definidos trazos que delinean esta sinceridad, pueden en parte inducirse de sus biografías, y sobre todo de los propios escritos de Darío: su autobiografía, sus poesías y los auto-prólogos de algunos de sus poemarios.

A menudo se ha dicho que Darío fue un niño grande. El mismo llegó a decirlo. Rasgos frecuentes y típicos de su vida dan pie para esta afirmación. Su misma obra poética, cuánto no tiene, en su raíz, de esa impresionabilidad espontánea e ingenua como la de los niños. Y en el alma de los niños siempre aflora y domina la sinceridad.

Lo mejor de su obra poética, y pudiéramos decir que toda ella, creemos que se apreciará más honda y cabalmente, enfocada a la luz de aquella noble cualidad.

Nadie negará a Dario el atributo de poeta lírico. Y su lirismo, muchas veces, es el más difícil de expresar, y también de descubrir por el lector. Porque generalmente su poesía adopta la manera descriptiva, ya en el motivo de su creación, ya también en los medios de expresión. Habitualmente no canta al descubierto asuntos directamente extraídos de lo íntimo de su alma. Pero cada motivo externo que florece bajo su inspiración, viene en gran manera impregnado de su yo. Y ese yo se volcaba con manifiesta sinceridad, que las refinadas formas y figuras del lenguaje ponen más de manifiesto y fijan con inequívoca originalidad. Aun esa misma novedad y hasta invención de su vocabulario, esos términos casi paradójicos, no se crea que eran gestos estraflarios de modernista que quiere llamar la atención. Era que sinceramente así creía necesario expresarse para no fingir. Porque, ¿fingir él? ¡Jamás! Qué bien tendió esto Unamuno, al escribirle al poeta: "Lo que yo veo precisamente en usted, a través de lo mejor de lo que de sus obras conozco, es un escritor que quiere decir en castellano cosas que ni en castellano se han pensado nunca, ni pueden hoy en él pensarse. Tiene usted que hacerse su lengua". (Carta: 16-4-99).

Hay un hecho de características generales que bastaría a probar lo que vamos exponiendo; y es éste: Dario se da por entero en todo cuanto escribe. Cada poema, cada línea, es para él tarea seria y de responsabilidad. Tiene sumo respeto a su arte de escritor. Jamás abusa de la pluma; ni juega con ella al azar. Ni aun aquellas páginas que el crítico pudiera juzgar no tan valiosas o acertadas —como las tuvo el propio Homero— nadie sabe si fueron tal vez las nacidas de más esforzada ilusión creadora. Con cuánta verdad —sin duda— pudo siempre decir, como en el final de uno de sus poemas ("Bouquet", en Pr. Profs.): "Yo, al enviarte versos, de mi vida arranco / la flor que te ofrezco, blanco serafín. / ¡Mira cómo mancha tu corpiño blanco / la más roja rosa que hay en mi jardín!". ¿Qué indica esto, sino la sinceridad que era guía permanente en la vida del poeta?

Por eso su obra, míresela como se quiera, es como la de pocos escritores, suya propia. Y perdóñese la redundancia. Es obra personalísima e inconfundible.

Y sin embargo: ¡cuánto no se ha disertado acerca de su admiración —tildada de imitación— por los poetas franceses de las escuelas de fines del siglo XIX! ¡Y a cuál de ellos es igual o parecido! ¡A ninguno! Era demasiado sincero, y demasiado respetuoso de sí mismo y de la literatura —respeto que es muestra clara de sinceridad— para venir a ofrecernos un producto de servil imitación.

Ya desde Azul el avisado crítico Valera vio las cosas con toda claridad. Y así escribió aquellas bien conocidas frases, en las que luego de reconocer que Dario había estudiado bien y comprendido mejor la obra de todos aquellos notables escritores franceses, le dice: "Y usted no imita a ninguno: ni es usted romántico, ni naturalista, ni neurótico, ni decadente, ni simbólico, ni parnasiano. Usted lo ha revuelto todo, lo ha puesto a cocer en el alambique de su cerebro y ha sacado de ello una rara quitaesencia".

Consciente como el que más de su propia obra, no en cuanto comparable o superior a otras; ni en cuanto a un papel de guía que nunca intentó desempeñar —aun cuando los hechos se lo señalaron— Dario defendía con franca sinceridad —que mucho le honra esa obra que bien sabía él cómo la hacía, y que era el fruto de bien arduos esfuerzos de mente y de corazón al crearla, y fruto así mismo —no de ímpetus logreros ni improvisados— sino de una previa, larga y muy acendrada cultura literaria.

Nadie extrañará que, como buen padre, se sintiera orgulloso de las criaturas en verso que engendraba su espíritu. No podía darse más noble gesto de sinceridad. Pero no era sólo el gesto. Pues, además, en el caso forzoso en que no pocas veces le ponían, como de tener que rendir cuentas, o al menos defenderse ante sus lectores, nunca expresa una sola palabra que implique doblez o fingimiento, ni mucho menos sombra de acedia, en sus explicaciones.

Así se fueron escribiendo —en virtud de las circunstancias— esos interesantes pasajes de autobiografía literaria, que por tales debemos tener los prólogos de libros como *Prosas Profanas*, *Cantos de Vida y Esperanza* y *El Canto Errante*.

Pocas veces se había visto, o hemos visto luego, a un poeta en el trance nada grato, sin duda, de tener que abrir sus poemarios con prólogos galeatos, como en los nombrados libros. Pero nada sucede al acaso. Y hoy, cuando todo esto es historia, casi nos alegramos de que tan dolorosos acaecimientos dieran ocasión al poeta para escribir unas páginas en las que no se halla otra cosa, sino un justificado y natural desahogo de sinceridad. Siempre releeremos con emoción, este párrafo del prólogo de *Cantos de Vida y Esperanza*, que vale tanto como un poema: "Al seguir la vida que Dios me ha concedido tener, he buscado expresarme lo más noble y altamente en mi comprensión; voy diciendo mi verso con una modestia tan orgullosa, que solamente las espigas comprenden, y cultivo entre otras flores una rosa rosada, concreción de alba, capullo de porvenir, entre el buñilicio de la literatura".

Eso fue la más pura verdad. Darío, con la vida y los dones naturales que Dios le dio, pasó entre los hombres diciendo sus versos. Verdad clara y limpia. Lo demás, antes y después, ha sido "bullicio de la literatura".

Desaconsejó expresamente que se le imitara. Y con razón: eran tan suyo —por profundamente sincero— el mundo y las formas de su poesía, que toda imitación de aquello tan personal, llevaría al fracaso servil.

Otra cosa era la libertad renovadora de los medios de expresión literaria, que al aparecer Dario alcanza, gracias a él, conquistas insospechadas y definitivas. Poco sincero habría sido, de su parte, no reconocer y aceptar el papel preponderante, que sin vacilaciones, él había desempeñado en tal renovación; y que los mismos que le criticaban o envidiaban; no hacían sino confirmar. Por lo demás, todos los que fueron grandes poetas en aquella misma corriente renovadora, cada cual siguió su propio camino e inspiración; y entre ellos y Dario reinó casi siempre franca cordialidad y compañerismo.

Mas, de la natural aceptación, que sin eludir compromisos hacia el aventajado nicaragüense, de su puesto en aquel vigoroso movimiento renovador, jamás pasó a gesto alguno de dómne que preceptuara normas. Muy al contrario; repetidamente se declara "el ser menos pedagógico de la tierra" ("Canto Err.", pról.). Y por lo que a él personalmente respecta, es muy digno de consideración lo que tan sinceramente nos dice —ya en plena madurez de vida y experiencias, a nueve años para su muerte— en el extenso prólogo a *El Canto Errante*. Oigámosle unos breves pasajes: "Cuando dije que mi poesía era mía en mí, sostuve la primera condición de mi existir, sin pretensión ninguna de causar sectarismo en mente o voluntad ajena, y en un intenso amor a lo absoluto de la Belleza. Yo he dicho: Ser sincero es potente. He meditado ante el problema de la existencia y he procurado ir hacia la más alta idealidad. He expresado lo expresable de mi alma y he querido penetrar en el alma de los demás y hundirme en la vasta alma universal".

Y quien nos da esta constancia expresa de su sentir como hombre y como poeta, no hace sino decirnos en teoría y en bella prosa, algo de lo que en la práctica, y a manos llenas dejó palpitante de vida y emoción en sus incontables poemas.

Ya en el bello soneto cuyas tres primeras palabras le sirven de título, parece monologar para sí mismo, al decir:

"Ama tu ritmo y ritma tus canciones  
bajo su ley, así como tus versos;  
eres un universo de universos,  
y tu alma una fuente de canciones."

\* \* \*

Escucha la retórica divina  
del pájaro del aire y la nocturna  
irradiación geométrica divina;

mata la indiferencia taciturna,  
y engarza perla a perla cristalina  
en donde la verdad vuelca su urna".

**Prosas Profanas** concluye con aquel soneto alejandrino: "Yo persigo una forma..." que es página de autobiografía interior, en la que el poeta nos sugiere su tremenda ansiedad ante la creación poética que le atrae y que no logra salir.

Mucho se equivocaría quien pensara que para Darío los poemas eran labor de simple coser y cantar; "ponerse" a ello, y qué la pluma corra. El poemita que al lector pueda parecerle una nonada. Dios sabe cuán prolongadas horas de interior anhelo y fatiga le ha costado. ¡Cómo confiesa, él mismo, a cada paso, con frases que nada tienen de ficción literaria, el agobio del numen que lo domina! Siente que va "bajo tempestades y tormentas / ciego de ensueño y loco de armónias". Y con expresión todavía más realista, añade en la misma composición: "...La poesía / es la camisa férrea de mil puntas cruentas / que llevo sobre el alma. Las espinas sangrientas / dejan caer las gotas de mi melancolía" (*Soneto "Melancolía"*, *Canto de Vida y Esperanza*, XXV).

En la balanza de sus días, por muchos e intensos que se supongan los dados al placer de los sentidos, a la postre —en un alma tan exquisitamente delicada como la suya— esos placeres no dejaban sino estrago y sinsabores. El mismo lo dice a cada paso. Y en cambio fueron muchos más los días en que aquella alma se iba, en ingenua búsqueda, tras la serena blancura de los cisnes— y a mirar el elevado azul del firmamento, como lenitivo en sus largas horas de quebranto, de sed y fiebre de poesía.

Niño impúber aún, aquella vena interior busca ya su cauce expresivo: "...con tu celeste numen sé siempre, siempre fiel / ... / hasta mirar tu nombre tan alto como el cielo, / hasta mirar tu frente ceñida de laurel", escribía a los trece años.

Pensando en aquel otro gran sincero —que por serlo tuvo una existencia no menos atri-bulada, y que en vida se llamó Cervantes, le confiesa Darío sus propias horas de pesadumbre, tristeza y soledad, y le llama "buen amigo" que endulza sus instantes ásperos, que le regala un yelmo de oro y de diamantes para sus sueños errantes, y que le enseña esta triple y sabia lec-ción: suspira, ríe y reza.

Alma tan finamente sensitiva como la suya, percibe y acusa a cada momento las sutiles impresiones de la vida, de la naturaleza y de cuanto le rodea. Y aquellas que de hecho pone a vibrar bajo su péñola, dan testimonio —por lo nobles y finas— del exquisito gusto de quien así cantaba.

Aun esos devaneos de los sentidos, en titilante erotismo, que despuntan alguna vez como con alguna indiscreción, no son más que el irreprimible transflorar sincero de aquel yo daria-no tan tremadamente afectivo. En cambio, puesta en distensión su alma, con aquella sed infinita de saber —como nos dice en Azul: "lo que cantan los pájaros / lo que llevan las brisas / lo que vaga en las nieblas / lo que sueñan las niñas", logra encontrar esas expresiones poéticas y literarias tan suyas, tan bellas ayer como hoy, que condensan todo un poema. En noche cerrada, Venus le parece "como incrustado en ébano: / un dorado y divino jazmín". / En el soneto "La espiga" (de Proses Prof.), siente que "en la paz del campo la faz de Dios se asoma". Como "una errabunda y fugaz caravana que hace del viento su brújula y guía" ("Pórtico", Pr. Prof.), nos pinta a los gitanos del Oriente que van rumbo a España. En "Cosas del Cid" (Pr. Prof.) sor-prende al Campeador merodeando por la campiña en primavera; era el amanecer, y

..Un pájaro daba su nota de cristal  
en un árbol. El cielo profundo desleía  
un perfume de gracia en la gloria del dia.  
Las ermitas lanzaban al aire sonoro  
su melodiosa lluvia de tórtolas de oro;  
**el alma de las flores iba por los caminos**  
a unirse a la piadosa voz de los peregrinos,  
y el gran Rodrigo Díaz de Vivar, satisfecho  
iba cual si llevase una estrella en el pecho".

La finura y elegancia en el decir, esa gracia que P. Henríquez Ureña precisa como la cu-a-lidad primordial del estilo de Darío; gracia quintaesenciada que adquiere "la levedad evanescente del encaje", y que conlleva una originalísima gradación de matices; eso es lo que él trae de no-visimo a las letras castellanas, y de mayor importancia que la renovación —con ser tan notable— en materia de métrica. !

Y ¡qué bien se conocía a sí mismo! En la "Epístola" que en 1906 le escribe a la esposa de su gran amigo Lugones, vuelve a expresar que se siente "loco de melodía"; y con gran realismo dice cómo vibra su alma de poeta:

"Cuanto mi ser respira, cuanto mi vista abarca  
es recordado por mis íntimos sentidos:  
los aromas, las luces, los ecos, los ruidos.  
como en ondas atávicas me atraen añoranzas  
que forman mis ensueños, mis vidas y esperanzas".

(El Canto Err.).

Con pasajes como los citados, que tanto abundan en su obra, podría trazarse la semblanza humano-lírica, de quien con tan sincera apertura se nos comunica. Y tal es precisamente la afir-mación que tanto le gustaba repetir, y que él mismo recuerda en los versos finales del citado poema a la señora Lugones: "Si hay, he dicho, señora, una alma clara, es la mía. / Mírame trans-parentemente, con tu marido / y guárdame lo que tu puedas del olvido".

Esta personalidad sincera y transparente no consistía solamente —como pudiera alguno sospechar— en bellas palabras y en una creación artificial del mundo de lo poético. Tales ver-sos eran el reflejo de su interior; de una realidad efectiva de su ser. Cuanto escribió lo halla-mos comprobado y ratificado por la conducta habitual que siempre observaba en el trato con sus semejantes.

Cuando leemos los comentarios y críticas literarias que, desde *Los Raros*, fue escribiendo Darío, llama siempre la atención la benevolencia y admiración generosa con que trata a los autores, sin caer nunca en el elogio vacío y meloso. En las pocas líneas del prólogo a ese volumen *Los Raros*, escribe: "Hay en estas páginas mucho entusiasmo, admiración sincera, mucha lectura y no poca buena intención". Ahí está Darío retratado de cuerpo entero. Y si años después, la madurez y las experiencias afinaron más su objetividad, no por ello cambió lo esencial de su actitud acogedora y admirativa. Y en esto no iba equivocado, aun como crítico. José E. Rodó, bien sabido en quehaceres de crítica literaria, decía que: "La capacidad de admirar es, sin duda, la gran fuerza del crítico".

Pero, ¿quién lo dijera: un simple rasgo amistoso, de crítica, con la sana intención de despertar nuevo estímulo renovador en la obra del poeta Salvador Rueda, bastó para que este amigo de Darío se molestase hasta el punto de romper la amistad de años, y además atacarle con dureza. Darío guardó silencio, que no era ni rencor ni orgullo. Era comprensión que todo lo olvida. Y cuando al correr de los días, Rueda emprende viaje a América, es Darío quien se adelanta —con su gran nombre y aun mayor humanismo— a hacer la presentación de su antiguo amigo, en una muy sincera y elogiosa página, con la cual gana de nuevo y definitivamente la amistad del poeta español.

Allá por el 1897 una información periodística —que luego resultó falsa— decía haberse suicidado en Grecia el terrible libelista colombiano Vargas Vila. Este escritor era enemigo declarado de Darío. Nunca quiso perdonarle —como liberal irreductible— que el nicaragüense le hubiese aceptado al Presidente Núñez, de Colombia, el puesto de Cónsul General en Buenos Aires.

A Darío le constaba bien de la ojeriza que Vargas Vila le profesaba. Pero nuestro poeta nunca deja que en su corazón ocupe lugar el amargor que otros quieran brindarle. Muerto Vargas Vila, Darío nada tiene que olvidar, porque nada tenía guardado. En cambio sabe recordar la entereza de carácter y los méritos literarios de su gratuito enemigo. Escribe entonces una de las más bellas y sinceras semblanzas necrológicas que salieron de su pluma. Y concluye llamando a Vargas Vila: "Amable enemigo mío", y regando sobre su tumba muchas rosas.

Pero he aquí que el supuesto difunto gozaba de buena salud. Y si nunca pensó que los diarios pudieran adelantarse a sepultarlo en vida, mucho menos imaginó que a su muerte, quien más sentidamente habría de recordarlo, fuera aquél Darío por él tan malvisto. Vargas Vila, conmovido, retribuye tanta nobleza en un escrito que es un poema de gratitud; y tiende la mano, con amistad fraternal, al gran artista y al gran poeta, le dice, que primero se la tendió a él a través de las brumas del sepulcro".

Séanos permitido, por la alta significación que encierra, añadir todavía otro caso, que aun cuando bien conocido de todos vosotros, merece recordarse siempre. Esta vez el personaje es Don Miguel de Unamuno. Darío lo admiraba grandemente, y leía con atención sus obras. Y sucedió que cuando el recio vasco sólo era reconocido como pensador original y buen prosista, fue Darío quien lo proclamó en voz muy alta, y antes que nadie, como gran poeta. Así lo reconoció el mismo Unamuno al escribir: "fue Darío quien dijo lo casi único que de algo sustancioso, de comprensivo sobre mis poesías se dijo, demostrando con ello la amplitud de su estética".

Ocurrió, sin embargo, aquel desliz de lengua en que Unamuno aludió a "las plumas del indio" que decía ocultar Darío bajo su sombrero. Cuál habría sido la reacción y la respuesta que otro escritor hubiese tenido, ante aquella alusión, fácilmente lo podemos imaginar. Mas Darío, alma sin hiel, pero sin una tilde de tonto, dicta una estupenda lección de serenidad. Nos parece verlo cuando con aquella su fina mano de marqués, y con un gesto de aun más refinada elegancia espiritual, ase la pluma y escribe la más bella, tal vez, de sus cartas, por lo digna, serena y sincera. Sin tomar en cuenta —sino en leve mención— la desdichada frase —que a quien más pesó luego, fue el propio Unamuno— toma la ocasión Darío para en forma discretísima reclamarle al profesor salmantino la indiferencia que hasta entonces parecía mostrar ante los esfuerzos de cultura de aquel indio americano. La carta concluye con este obligante epifonema "Sea, pues, justo y bueno". Una vez más la personalidad de Darío tan rica en sinceridad, en nobles sentimientos, quedaba de manifiesto.

Pero aquella frase final de la carta, no la olvidó Unamuno. Debió fijársele como una espina —dorada— pero espina al fin, en su alma también noble. Y de esa espina brotó una flor. Quizás la más valiosa flor que un día vino a ornar la tumba del gran poeta. A casi nueve años del episodio referido y algo más de un mes después de muerto Darío, escribe Unamuno en la revista madrileña "Summa" unas páginas tituladas: "¡Hay que ser justo y bueno, Rubén!" Pocas veces, ni con tanto conocimiento de causa, se ha escrito sobre Darío un testimonio tan sentido y autorizado.

Nunca mejor ocasión que la presente para que se nos acepte recordar algunos pasajes de tal escrito. Dice Unamuno que las cartas que le enviaba Darío eran "nobles, sinceras y dignas". Y añade: "Y es que aquel óptimo poeta era un hombre mejor".

Luego continúa: "Le acongojaban las eternas e intimas inquietudes del espíritu, y ellas le inspiraron sus más profundos, sus más íntimos, sus mejores poemas... Si me hubiese dejado guiar por lo que de él me recitaban los que decían admirarle más, no le hubiese leído nunca. ¡Fortuna grande que le conocí y descubrí al hombre, y éste me llevó al poeta! Al indio —lo digo sin asomo de ironía; más bien con pleno acento de reverencia—, al indio que temblaba con todo su ser, como el follaje de un árbol azotado por el cierzo, ante el misterio". **"Sea, pues, justo y bueno.** Esto me decía Rubén cuando yo me embozaba arrogante en la capa de desdén de mi silencioso aislamiento, de mi aislado silencio. ¡No, no fuí justo ni bueno con Rubén; no lo fuí... Y él, Rubén, era justo y bueno. Era justo; capaz, muy capaz de comprender y de gustar las obras que más se apartaban del sentido y el tono de las suyas; capaz, muy capaz de apreciar los esfuerzos en pro de la cultura que iban por caminos, los, al parecer, más opuestos a los suyos. Tenía una amplia universalidad, una profunda liberalidad de criterio. Era benévolos por grandeza de alma, como lo fue antaño Cervantes. ¿Sabía que él se afirmaba más afirmando a los otros? No, ni esa astucia de fino egoísmo había en su benevolencia. Era justo, esto es, comprensivo y tolerante, por que era bueno". "Y era humilde, cordialmente humilde. Con la grande humildad que, a las veces, se disfraza de soberbia". "Nadie como él nos tocó en ciertas fibras; nadie como él utilizó nuestra comprensión poética. Su canto fue como el de la alondra; nos obligó a mirar a un cielo más ancho, por encima de las tapias del jardín en que cantaban, en la enramada, los ruiseñores indígenas. Su canto nos fue un nuevo horizonte, pero no un horizonte para la vista, sino para el oído. Fue como si oyésemos voces misteriosas que venían de más allá de donde a nuestros ojos se juntan el cielo con la tierra, de lo perdido tras la última lontananza".

Estas palabras tan densas como sentidas, de Unamuno, nos relevan de todo ulterior comentario.

Permitase, no obstante, un momento más, a manera de reflexión unísona con el lector. Quien quisiere hoy saber de versificación castellana, de variedad de formas literarias castizas, de riqueza de nuestro vocabulario, y de gracias en el decir y el sentir poéticos, que lea y relea a este poeta; el mismo que un día fue tildado de afrancesamiento. Quien al azar preguntase hoy por el nombre del poeta más representativo y nombrado que haya dado nuestra América, oirá al punto la respuesta espontánea y sin titubeos que le dice: Rubén Darío; el mismo de quien tantas veces se dijo que no era poeta de América. Y ante el presagio más de una vez formulado de que su nombre y su obra tendrían pronto e inevitable olvido, parécenos que como contra-presagio, en clarinada inmortalidad, podría haberse escrito sobre su tumba catedralicia, aquel verso suyo de inmortal juventud: "Mas, es mía el alba de oro".

**Para Colegios, casas comunales, restaurantes, comedores,  
donde se requiere equipo de cocina pesado, eficiente,  
sencillas de operar, durables.**

Venga a



**Convénzase pidiendo una demostración al**

**Teléfono 21-40-04, 21-40-06.**

**Tropical Gas Company, Inc.**